

en la vida. La misma ley había en Nicaragua <sup>(1)</sup> y en el Yucatán. <sup>(2)</sup>

No era necesaria para eso una revelación divina; <sup>(3)</sup> pues se lo dictaba al pueblo su propia inteligencia. Cada cual busca una excusa cuando pecó, y al proceder así, admite que el pecado es un delito que no quiere tener sobre su conciencia; pero como lo tiene, debe libertarse de él. No bastan para ello las purificaciones exteriores, porque sólo un acto libre del alma puede realizarlo. Lo que por ceguera dejamos penetrar en nuestro interior, debe ser arrojado de allí con un esfuerzo por el que ese mismo interior quede cambiado.

Por eso no hay tranquilidad para el pecador, en tanto que no se deshaga de la injusticia. Una astilla en la llaga, una flecha que nos ha herido, un alimento pernicioso en el estómago, deben quitarse, si deseamos la curación; de no expulsar el veneno que hubiésemos tragado, estaríamos perdidos. El pecador sabe esto porque lo ha experimentado muchas veces. Ningún predicador necesita decirle que nunca tendrá una hora de tranquilidad si no aleja de sí el pecado por la confesión; únicamente el beneficio de la confesión le abre camino hacia el consuelo y la salud. <sup>(4)</sup> El contar los sueños es señal de que se ha despertado. Confesar las propias faltas, si bien no es, como cree Séneca, una señal de curación, <sup>(5)</sup> pues por desgracia el pecado es infinitamente más que un sueño penoso, aunque verdaderamente lo sea, pero á lo menos la confesión es despertar del aturdimiento, y condición preliminar indispensable para que el médico pueda salvarnos. <sup>(6)</sup>

**11. De donde proviene la repulsión que hacia la confesión se siente.**—Si todo esto es tan claro para nosotros como para los paganos; si debemos reconocer que no

(1) Waitz, *loc. cit.*, IV, 279.

(2) *Ibid.*, IV, 307.

(3) De Maistre, *Du Pape*, 3, 3, 1.

(4) Crisóstom., *Ad Theodor. lapsum*, 1, 15.

(5) Séneca, *Ep.*, 53, 8.

(6) Crisóstom., *In Matth. hom.*, 14, 4.

fué el Cristianismo el primero en proclamar esos conceptos, sino que los encontramos fundados en nuestra propia naturaleza racional ¿cómo explicar entonces que la naturaleza se rebele tan airadamente contra el precepto de la confesión? Si comprendemos que sólo el pecado, y no la confesión, es una vergüenza; <sup>(1)</sup> si la herida, estando abierta, es más horrible y peligrosa que la ya curada, <sup>(2)</sup> ¿por qué preferimos vivir en el opresor sentimiento de nuestra vergüenza, aún exponiéndonos á morir como consecuencia de nuestra herida, á mostrarla al médico? La necesidad ineludible de nuestra naturaleza se ha convertido para nosotros en terror, permanecemos en la inquietud, porque tememos el consuelo; morimos, porque detestamos la curación. Es otra de las contradicciones á que nos induce el pecado y una prueba más de cuán corrompida y cambiada está la naturaleza.

Si en verdad es el pecado tal como le hemos reconocido, es decir, amor propio y orgullo, entonces se explican estas contradicciones. Á nadie asombrará que para el amor propio sea penoso condepar los actos que frecuentemente nos cuestan tantos cuidados. Se comprende muy bien que el orgullo se rebele contra el sacrificio que se le impone de romper con lo que en su locura emprendió satisfecho de sí mismo; luego la extraña y especial naturaleza de nuestra enfermedad es lo que hace difícil la curación; pero la sabiduría del celestial médico dispuso el remedio, de tal suerte, que si animosamente lo tomamos, el mal será radicalmente destruído.

**12. No es posible, sino por la gracia de Dios.**— Cuando un enfermo se halla en tal estado que sólo un remedio puede curarle y su naturaleza se rebela contra él, no debe el médico dejar que únicamente por sí tome la medicina. Así Dios no sería el dulce médico que es, si limitándose á indicarnos el remedio en que está la salva-

(1) *Ibid.*, Hom. non esse ad gratiam concionandum, n. 3 (Meigne, II, 658, 6)

(2) S. Agustín, *In ps.* 50 en. 7.

ción, nos dejase á nosotros solos el cuidado de encontrar fuerzas para usarlo. El hombre, tal como es, no puede hacer frente á la amargura y á la humillación que exige una confesión que debe devolvernos la salud. Los dictados de la razón no bastan por sí mismos á persuadirnos de que la admitamos; querríamos obedecer á nuestras convicciones, pero no somos capaces de hacerlo. Ninguna exhortación extraña nos es útil tampoco; aunque aprobemos lo que se nos diga, no seguiremos el consejo.

Únicamente en una fuerza superior, en la gracia del Omnipotente, podemos cobrar el valor para hacer tal sacrificio; pero la bondad del médico nos ofrece ese auxilio, que podemos tener siempre que lo deseemos. Ha preparado el remedio, lo acerca á nuestros labios, y levantando nuestra cabeza de la almohada nos lo da á beber cuidadosamente. ¿quién no tomaría con gusto la medicina viniendo de tales manos y dada de ese modo? Por eso dice el poeta con mucho acierto: «La fatal venda está siempre ante los ojos; tu alma está siempre sumergida en el fango del mundo corrompido, y todas las aguas del Nilo, del Ganges y del Océano serían ineficaces para devolverle su pureza. Únicamente el cielo borrará los vergonzosos vestigios de tus debilidades. Santamente humillado, implora su clemencia, descubre tus secretas faltas, llora y reza». (1)

(1) Tasso, *Jerusalem Libertada*, XVII, 8.

## CONFERENCIA XXIV

### PENITENCIA Y SATISFACCIÓN

**1. Tres pasos difíciles de dar y que son, no obstante el principio de la curación.**—En su visita al Purgatorio, llegó Dante á un alto muro de rocas. Ahora, le dijo su compañero, que le vió palidecer, despliega toda tu energía, muestra que eres hombre y depón todo temor, porque llegaste al sitio en donde se despojan del pecado. (1)

El poeta, recobrado el ánimo, se dirige con su guía hacia aquel punto. Había que subir tres escalones: el primero, de blanco mármol, estaba pulimentado y terso como un cristal. Quien lo pasaba, se veía en él tal como era; lo que significaba el conocimiento que se adquiere de sí mismo por el examen de conciencia, y la sinceridad con que debe hacerse la confesión, primer requisito para salir del pecado. La piedra del segundo escalón era tosca y tenía el color de los cadáveres; estaba como quemada por la impresión del fuego y agrietada en todas direcciones, imagen de las cualidades y de los efectos que la contrición debe tener para la verdadera enmienda del pecador. El último escalón era de pórfido rojo, semejante al color de sangre recientemente vertida; porque, aunque el corazón palpita y sangre, aunque la vergüenza haga subir el rubor á la frente, es necesario que la herida se descubra por la confesión al médico, si quiere ser curado el enfermo.

De ese modo están indicados los tres pasos más difíciles

(1) Dante, *Purgat.*, XI, 41-50.